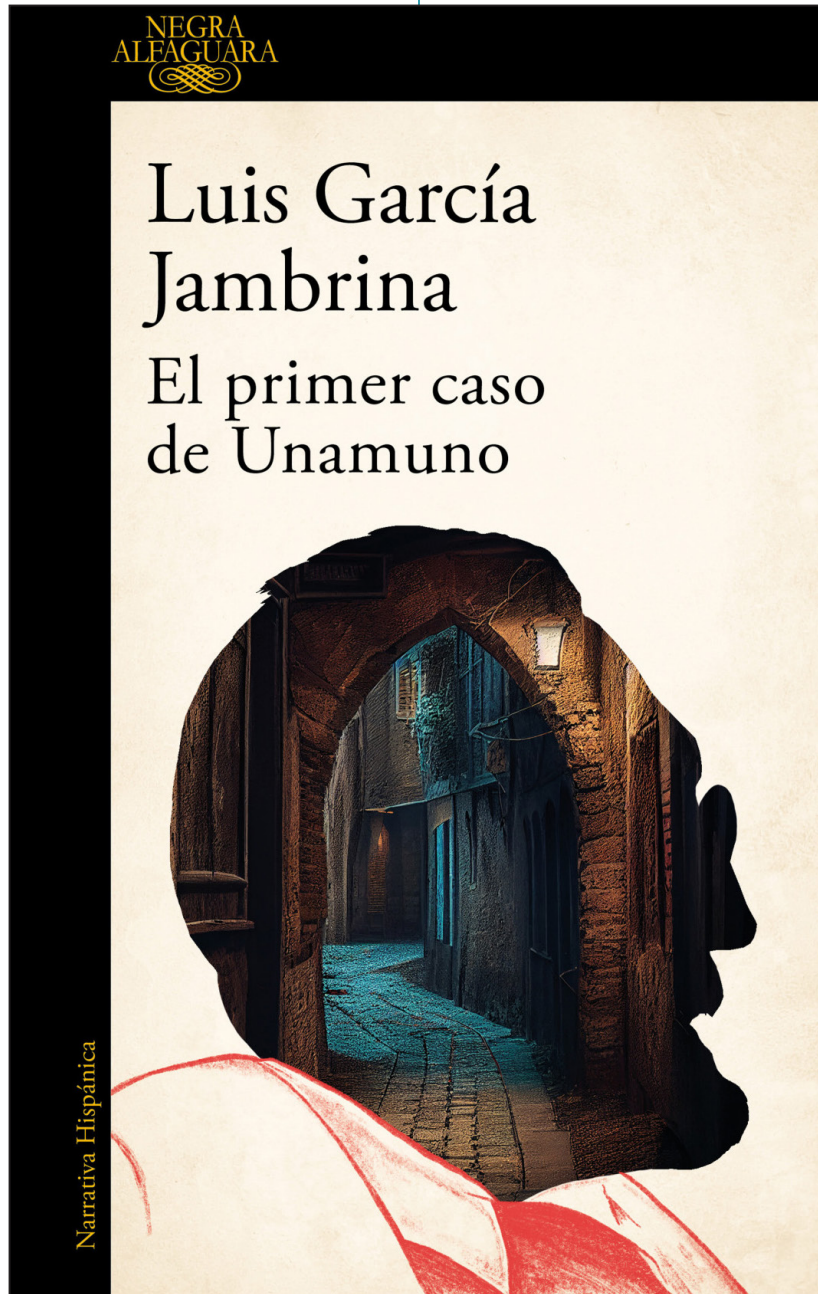




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA NOVELA

Otoño de 1905. Miguel de Unamuno es catedrático y rector de la Universidad de Salamanca. España sigue sumida en la crisis de fin de siglo y el campo salmantino comienza a despoblarse a causa de la concentración de la propiedad agraria en unas pocas manos. En ese contexto, los vecinos del pueblo de Boada envían una carta al presidente de Argentina en la que le comunican su deseo de emigrar todos a ese país. Este hecho dará lugar a una agitada polémica y, de repente, un suceso trágico cambiará radicalmente las cosas. En el asunto se verá envuelto Unamuno, que, obligado por las circunstancias, acabará convirtiéndose en una especie de detective. Junto al abogado Manuel Rivera tendrá que investigar varios asesinatos en los que todo es muy confuso y enrevesado y nada es lo que parece. Acosado por buena parte de la prensa y las fuerzas vivas de la ciudad, y fascinado por la misteriosa anarquista catalana Teresa Maragall, Unamuno tendrá que enfrentarse a numerosos peligros y a desgarradoras contradicciones hasta

lograr descubrir la verdadera autoría de los crímenes.

Luis García Jambrina ha construido con gran rigor y maestría un personaje memorable: el Unamuno más humano y también más comprometido, en este caso con la cuestión agraria y la situación de los campesinos. El resultado da lugar a uno de los detectives más convincentes y singulares de la historia de la literatura, una mezcla de don Quijote y Sherlock Holmes, un auténtico «detective andante» en el que, poco a poco, el ejercicio de la razón y la observación irán dando paso a la intuición y la emoción. Todo ello tendrá lugar en una trama que aúna los resortes de la novela detectivesca más clásica y genuina con la novela negra realista y social, y con un estilo lleno de guiños y juegos literarios y una sutil ironía. Al igual que ocurriera con *El manuscrito de piedra*, *El primer caso de Unamuno* inicia de forma brillante una serie literaria que entusiasmará a los aficionados y no aficionados al género negro y dará mucho que hablar.

LOS PERSONAJES

MIGUEL DE UNAMUNO. En el momento de la novela tiene cuarenta y un años y lleva casi quince viviendo en la ciudad del Tormes, donde cuenta con buenos amigos y abundantes detractores. Es escritor, catedrático y rector de la Universidad de Salamanca. Está casado con doña Concha Lizárraga y es padre de familia numerosa. Amante de dar largos paseos y caminatas por el campo y la montaña («en realidad, yo soy un hombre de instintos campesinos obligado a vivir en una ciudad», solía decir), enseguida empatizará con la gente de Boada. Valiente y arriesgado a la hora de decir lo que piensa y de luchar por la verdad, su lema era «Primero la verdad que la paz». En su personalidad paradójica, como todo en él, conviven y se alternan el Unamuno contemplativo, entregado a las cavilaciones místicas y existenciales; y el Unamuno de acción, siempre cuestionándolo todo y peleando por lo que cree que es justo. De estatura mediana, tirando a alto, lleva barba muy cuidada y el pelo bien recortado; usa gafas de metal y sombrero de fieltro. Viste como un pastor protestante: siempre de oscuro y con un chaleco que le llega hasta el cuello. En la novela, lo vemos en su vida cotidiana, actuando como rector e impartiendo clases y, en algunos momentos, sumido en su proceso creativo. Al principio, en sus pesquisas se servirá de la lógica y la razón y hasta de su dominio del ajedrez, al que era muy aficionado desde sus años mozos; pero luego, influido por Teresa Maragall, concederá cada vez más importancia a los sentimientos y emociones, así como a la intuición y a la imaginación.

MANUEL RIVERA. Abogado penalista. Será el encargado de defender a los sospechosos encarcelados por los asesinatos. Admirador de Unamuno; honesto, responsable, sensato y solidario, ayudará al escritor en la investigación del caso y en muchos aspectos se convertirá en su contrapunto. Al principio chocan, pero poco a poco irá surgiendo entre ellos una gran amistad. Es soltero y sin intención de dejar de serlo, aparenta treinta y pocos años y viste trajes oscuros bien cortados y zapatos a juego de buena piel, siempre recién abrillantados.

TERESA MARAGALL LÓPEZ. Activista anarquista catalana. Misteriosa y ambigua, inteligente y seductora, no dejará indiferente a don Miguel, ni tampoco a su amigo Manuel Rivera. Sabe más de lo que da a entender y su ayuda será fundamental para resolver el caso. Entre otras cosas, le enseña a Unamuno que la razón sola no basta para encontrar a los culpables. De unos treinta y cinco años y estatura mediana, delgada y muy atractiva. Tiene el cabello rubio y rizado y los ojos, risueños y claros.

CONCHA LIZÁRRAGA. Esposa de Unamuno y madre, en ese momento, de siete hijos. Compañera fiel y soporte de su marido, sobre todo en los momentos de crisis existencial que de cuando en cuando lo acucian, aunque no duda en llevarle la contraria cuando es preciso. De estatura mediana y rostro dulce, sereno y despierto, es una mujer paciente, acostumbrada a las extravagancias y enemistades de su marido, motivo por el que no deja que este le lleve la contraria todo el tiempo; sabe muy bien cómo manejarlo.

EL PUEBLO DE BOADA. La mayoría de los boadenses son agricultores que ya no tienen forma de ganarse la vida, ni siquiera como arrendatarios o jornaleros. De ahí que le hayan escrito al presidente de Argentina, con la intención de emigrar. Uno de los redactores de la carta es el médico Carlos de Sena, persona humilde y generosa, comprometida con el pueblo. Tras la visita de Unamuno y sus posteriores declaraciones en prensa, los acontecimientos se precipitarán y numerosos vecinos del pueblo serán detenidos como sospechosos de un asesinato; entre ellos, habrá varios jornaleros —Juan López, Antonio Seseña y Samuel Estella— que se encontraron con la víctima poco antes de su muerte. Otras figuras clave serán Amalia Yeltes, joven madre soltera, y Antonio Zamarreño, antiguo novio de esta, que trabaja en una imprenta de la ciudad; o el alfarero Julio Collado, que es el que encuentra el primer cadáver, a los pies de una encina.

LA FAMILIA MALDONADO. Enrique Maldonado es un codicioso terrateniente y diputado provincial. Pertenece a la burguesía ascendente que se va abriendo paso en la economía y la sociedad de esa época. Lleva sus negocios a través de

un capataz y tiene muchos amigos en la política y en la administración. La viuda, Ana Juanes, aparenta algo más de cincuenta años y es de estatura mediana y tirando a gruesa; tiene el pelo gris recogido en un moño, los ojos negros y algo saltones y el mentón afilado como la proa de un barco. Mujer de mucho carácter, está resentida con los habitantes de Boada y los considera unos desagradecidos. Tiene una fuerte relación de dominio y protección con respecto a su hijo, Juan Maldonado, quien ronda los veinticinco años, es de estatura mediana, delgado, y tiene el pelo negro y abundantes entradas. De carácter débil y algo pusilánime, es aficionado al juego y a las mujeres y se comporta de forma despótica con los que considera inferiores.

PEDRO VILLAR. Capataz o montaraz de los Maldonado. Se encarga de facilitar la vida y resolver los problemas de la familia, de ahí que conozca muchos de sus secretos. Tiene cerca de sesenta años y es alto y corpulento. Su mujer, Julia Sánchez, es una beata algo chismosa. Delgada, viste siempre de negro y lleva el pelo cubierto con un pañuelo oscuro.

DANIEL LLORENTE. Poderoso y rico terrateniente. Era socio y, a la vez, rival de Enrique Maldonado. Ambos ambicionan las mismas tierras y no dudan en hacer lo que sea para conseguirlos. Tiene un carácter duro y correoso. Alto, de buen porte y aspecto repulido, es uno de los detractores más virulentos de Unamuno.

EL GOBERNADOR CIVIL, PABLO APARICIO. Grueso, no muy alto, de cara redonda y bien rasurada. Tiene modales autoritarios, como de persona acostumbrada a mandar y ser obedecida de inmediato. No tardará en chocar con Unamuno, al que trata de impedir que investigue por su cuenta.

ANTONIO OLIVA. De cuarenta años. Amigo de Unamuno. Periodista que conoce bien los entresijos políticos y económicos de la ciudad y está muy enterado de lo que se cuece en Madrid. Se gana la vida como corresponsal de varios periódicos de la capital y tiene su oficina y lugar de reunión en el bar del Armuñés.

ANSELMO SÁNCHEZ. Veterano anarquista, seguidor de Bakunin y pintor aficionado. Lleva el pelo desgredado, gafas de concha y una barba muy larga, lo que unido al hecho de que le falta un brazo le da un cierto parecido a don Ramón María del Valle-Inclán.

LOS LUGARES

LA CIUDAD DE SALAMANCA. En esa época, es una ciudad levítica y provinciana que vive varada en su pasado. Muchos viajeros de la época que pasan por la ciudad señalan un gran contraste entre la belleza y monumentalidad de algunos edificios y la falta de saneamiento urbano y el mal estado de sus calles. Dada su condición de rector, Unamuno vive en la vieja casa rectoral, situada en la calle de Libreros, con su mujer y sus siete hijos. Este lugar es ahora la sede de la Casa Museo Unamuno, donde pueden contemplarse los libros, muebles, objetos, documentos, dibujos y manuscritos del escritor de origen vasco. Junto a ella, está el edificio histórico de la Universidad, en el que don Miguel impartía clases de Literatura Griega y de Filología Comparada del Latín y el Castellano. Por otra parte, está el casino, que todavía existe; situado en la calle de Zamora, al lado de la plaza Mayor, se trata de un edificio renacentista con un hermoso patio de columnas monolíticas y arcos airosos. Allí acudía Unamuno para leer la prensa o participar en alguna tertulia. Otros lugares salmantinos que aparecen son el café Novelty, recién fundado por entonces, y el bar del Armuñés, un clásico en aquellos días; el Campo de San Francisco y el cementerio de San Carlos Borromeo.

BOADA. Se trata de un pequeño pueblo de la provincia de Salamanca. En aquel momento tenía unos mil habitantes, ahora tiene apenas trescientos. Pertenece a la diócesis y al partido judicial de Ciudad Rodrigo, de la que distan unos cuarenta kilómetros, y está situado en el centro de un gran llano, en la subcomarca del Campo de Yeltes. Se trata, pues, de un buen ejemplo de eso que ahora llaman «la España vaciada» o más bien «la España desahuciada», como la llama el autor, un desahucio que comenzó a finales del siglo xix y que continúa hoy, con más intensidad si cabe. Se trata de una zona de grandes dehesas para el ganado y pueblos y aldeas deshabitados. La frontera de Portugal está muy cerca, a unos sesenta kilómetros por carretera, algo menos por caminos de barro o campo a través. Por entonces, las casas eran todas bajas y ofrecían pocas comodidades; las calles eran de trazo irregular y sus dos plazas, de mala hechura. Poseía una casa consistorial, con su calabozo; una escuela de primeras letras, una iglesia parroquial, un cementerio, una ermita o humilladero en los alrededores, y una estación de ferrocarril, algo distante del pueblo, que hace tiempo que está abandonada. A pocos kilómetros, en medio de una de sus fincas, se ubica la casa de campo de los Maldonado, grande y pretenciosa, y por lo tanto incoherente con el paisaje. Muy cerca está La Fuente de San Esteban, un pueblo más grande que también tenía estación y donde se encontraba el puesto de la Guardia Civil.

EL CONTEXTO Y TRASFONDO HISTÓRICO

Naturalmente, esta es una obra de ficción, pero su trasfondo es histórico y tiene una base real, que está relacionada con la cuestión agraria y el problema del campo en la España de la Restauración. La novela parte de dos hechos que en ella aparecen amalgamados. El primero tuvo lugar en el otoño de 1905 en el pueblo de Boada. Todo lo que se cuenta sobre la carta que los vecinos envían al presidente de Argentina para manifestarle su deseo de emigrar —que luego apareció publicada en la primera plana del periódico *La Correspondencia de España*—, así como sobre los polémicos artículos de Maeztu y Unamuno, es real. También lo es la enorme repercusión mediática y política que la noticia tuvo en España. De boca del propio pueblo, Unamuno se enteró de que las cosas en Boada habían empeorado cuando el Gobierno tomó la decisión de vender, a través de una subasta pública, los bienes comunales del

municipio, a pesar de las protestas y las reclamaciones puestas desde el Ayuntamiento, pues se trataba de bienes exceptuados que no se podían enajenar. Así, el pueblo se quedó sin tales recursos y sin la parte del dinero que le correspondía por la venta —nada menos que el ochenta por ciento—, ya que el Estado necesitaba hacer caja con urgencia para cubrir los gastos originados por la guerra de Cuba. El comprador, por su parte, había convertido de inmediato los bienes comunales en pastos para la crianza del ganado y en un gran coto de caza, lo que hizo que la mayor parte de los vecinos no tuviera ya tierras que poder arrendar o cultivar, o de las cuales beneficiarse de algún modo. Solo unos pocos trabajaban como jornaleros por un salario de miseria. Todo esto lo denunció Unamuno en un artículo que publicó unos días después en *La Correspondencia de España*, en respuesta al de Maeztu.

Por otro lado, los asesinatos que se narran en la novela son inventados, pero el primero de ellos está basado en uno que tuvo lugar en Matilla de los Caños del Río, un pueblo cercano, veinticinco años antes de lo ocurrido en Boada; un asunto del que también habló Unamuno. Ambos hechos están vinculados con la situación económica y social del campo salmantino en ese momento, sobre todo en comarcas como la del Campo Charro o en subcomarcas como la del Campo de Yeltes. Muchos vecinos se vieron desahuciados y obligados a abandonar por la fuerza algunos pueblos y aldeas, dejándolos a veces completamente despoblados, como ocurrió con Campocerrado; en otros casos, se logró echarlos al aumentarles la renta que de-

bían pagar por el arriendo de las tierras o al prender fuego a sus casas. La privatización de la tierra y la concentración de la propiedad en unas pocas manos para crear grandes dehesas dedicadas a la cría de ganado obligaron así a muchos campesinos a emigrar. Unamuno fue muy sensible a este problema y escribió sobre ello en numerosas ocasiones, pues estaba bien informado y conocía las principales teorías económicas sobre la propiedad y la renta; e incluso impulsó en 1912 y 1913 una importante campaña agraria con otros profesores e intelectuales de la Universidad de Salamanca. Según algunos estudiosos de la vida y obra de don Miguel, esto fue lo que le hizo perder el cargo de rector al año siguiente.

ALGUNOS FRAGMENTOS SIGNIFICATIVOS

Al ver la hora que era, Unamuno le dijo a Manuel Rivera que ya bastaba por ese día, que lo mejor sería irse a casa para celebrar la Nochebuena con la familia.

—Por suerte, mañana no hay periódicos y podremos descansar en paz —añadió con alivio.

—Por cierto, ¿ha visto usted con calma la prensa de estos últimos días?

—Esta mañana tan solo he leído el artículo de Maeztu y preferiría no haberlo hecho. La verdad es que apenas he tenido tiempo con tanto trajín. No se puede estar en misa y repicando —se justificó don Miguel.

—Yo tampoco, pero hoy, antes de encontrarme con usted, me he desquitado en el casino. En varios diarios, hablan de las pesquisas sobre el crimen de Boada que está llevando a cabo un tal Miguel de Unamuno. Hay unos que las aplauden y otros que las critican y hasta las ridiculizan; incluso hay uno que publica una caricatura en la que usted aparece ataviado como un detective llamado Sherlock Holmes, buscando pistas con una lupa y acompañado de su fiel escudero, el abogado Rivera. «Con

tal de que se hable de él, es capaz de cualquier cosa», rezaba el pie de imagen, ¿qué le parece?

—Mientras escriban bien mi nombre, que digan de mí lo que quieran —confesó Unamuno con una leve sonrisa—. En este caso, no es que me agrade lo que comentan, pero podría ser peor. De todas formas, estoy acostumbrado.

—¿Y usted sabe quién es ese tal Sherlock Holmes con el que lo comparan? ¿Es acaso el mismo al que aludió usted hace unos días cuando me propuso que investigáramos el caso? —quiso saber el abogado.

—Así es. Por lo que tengo entendido, se trata de un célebre detective de ficción que siempre resuelve de forma brillante los casos a los que se enfrenta, y no como nosotros, gracias a su gran capacidad de deducción y de observación y a la inestimable ayuda de un tal doctor Watson, su homólogo, solo que, en lugar de abogado penalista, él es médico cirujano —le informó don Miguel.

—Entonces ¿no estamos hablando de una persona real? —quiso saber Manuel Rivera, intrigado.

—Yo no diría tanto; sepa usted que, para mí, los personajes de ficción pueden ser tan reales como sus propios creadores, o más; lo que quiero decir es que están más vivos, son más eternos. Don Quijote, por ejemplo, es más real que Cervantes; Hamlet, que Shakespeare; Sherlock Holmes, que Conan Doyle, y, por supuesto, don Avito Carrascal, que yo mismo —explicó don Miguel—. Dejando eso al margen, debo añadir que Holmes utiliza solo la razón y los conocimientos científicos para resolver sus casos. Por eso puede resultar un tanto frío; no tiene sentimientos, y, cuando lo asaltan, los adormece con la cocaína. (p. 121)

Unamuno, algo frustrado, le refirió lo sucedido en la casa de los Maldonado y ella se echó a reír con ganas, con esa risa suya tan contagiosa y que tanto alegraba siempre a don Miguel.

—Al final les vino bien mi revólver.

—Visto cómo acabó la cosa, ni lo necesitamos para salvar la vida ni nos ayudó a librarnos del ridículo. Más bien diría que fue un tiro en el pie —comentó con humor el catedrático metido a detective.

Hablaron asimismo del ataque contra Juan Maldonado por parte de Andrés Zamarreño.

—Es una pena que no lograra su objetivo. Hay personas con muy mala suerte —comentó Teresa con pesar.

—¿No tendrá usted alguna relación con eso?

—¡Claro que no! ¿Por qué lo dice?

—Porque usted me dijo que lo conocía y porque estoy seguro de que a él

nunca se le habría ocurrido dar semejante paso sin que alguien lo incitara a ello.

—Hay que ver qué mal concepto tiene usted de mí. El pobre debía de estar muy dolido y enfadado cuando hizo eso. Yo le aseguro que no hablé con él. No me gusta aprovecharme de los demás —añadió con cierto enfado.

—Está bien, dejémoslo —concedió don Miguel.

—Antes de que se me olvide, quiero decirle que tengo una cosa para usted —anunció Teresa—, aunque no sé si debería dársela tras ver cómo me trata.

—¿Para mí?!

—Ande, tome. —Le tendió un sobre de gran tamaño que sacó del bolso—. Pero ábralo mañana tranquilamente en su casa.

Aunque sentía una gran curiosidad, Unamuno lo dobló con cuidado por la mitad y lo metió en uno de los bolsillos exteriores de su chaqueta.

—Tengo que irme —anunció de pronto.

—Sí, es tarde. Déjeme que lo acompañe un rato.

Cuando salieron, estaba empezando a nevar y Unamuno echó de menos la calidez de su sombrero de fieltro, perdido en algún vericuetto del páramo salmantino. Sin él, se sentía desprotegido e incómodo; era una sensación extraña, como si le faltara algo. Y los demás sombreros que poseía no terminaban de agraderle, habituado como estaba al otro. Al final tendría que comprarse uno, pero no iba a ser igual. Esto le hizo pensar en cómo el ser humano se aferra a la costumbre y se resiste al cambio, lo mismo en las cosas más insignificantes de la vida diaria que

en lo verdaderamente esencial. «Lo nuevo nos asusta y nos descoloca», se dijo para sí.

En la plaza, ya solo quedaban algunos rezagados que la atravesaban a toda prisa rumbo a sus casas. Mientras se subía el cuello del abrigo para guarecerse del aire frío de la noche, Teresa echó un vistazo a su alrededor.

—Vive usted en una ciudad muy hermosa —comentó.

—Así es. Lo peor son algunos salmantinos — bromeó Unamuno—. Pero lo dice como si le fuera ajena... ¿Acaso esta ciudad no es la suya? —Acababa de darse cuenta de que no sabía nada de Teresa, ni siquiera de dónde era. ¿De algún otro lugar de la provincia de Salamanca? ¿De fuera?

Por toda respuesta, ella se encogió de hombros. O quizá tan solo se arrebujaba en el abrigo a causa del frío. (p. 124)

—¡No es posible! —exclamó don Miguel con incredulidad.

—¡Y tanto que lo es! Estas cosas pasan cuando uno se mete donde no lo llaman. Usted se considera tan inteligente y superior que cree que nada se le escapa y que puede resolver cualquier cosa a la que se enfrente. Pero no es así. Para pesquisar hay que tener mucho olfato y una gran formación y una probada moralidad, y usted carece de las tres cosas. De modo que ocúpese de sus asuntos de una vez y deje que la Guardia Civil y la Justicia hagan su trabajo, que para eso están. Y, sobre todo, cuídese de determinadas compañías, que no tiene usted edad para devaneos ni su condición de rector y catedrático se lo permiten.

Unamuno trató de protestar, de precisar, de poner los puntos sobre las íes. Pero el gobernador no lo quiso dejar hablar, y, al ver que el catedrático persistía en sus ideas, lo amenazó con pedir que lo expedientaran e, incluso, con solicitar al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes que le quitaran de una vez el cargo de rector, lo que supondría una gran mancha en su carrera académica, y a nadie iba a extrañarle semejante medida; de hecho, aseveró, la reclamaba casi toda la ciudad.

—¡Hasta usted mismo parece pedirlo a gritos! Así que ya sabe lo que tiene que hacer. Y no se crea que porque ahora esté de vacaciones y no tenga clases va a poder dedicarse a lo que le dé a usted la gana. Tenga claro que lo estaré controlando —concluyó el gobernador.

—¿Y qué va a pasar con las pesquisas del caso?

—La comandancia de la Guardia Civil de Salamanca ha dado orden de que se investiguen todas las posibilidades, por eso no se preocupe. Se hará justicia, no lo dude; somos un país serio —insistió antes de dar por zanjada la reunión y volver a sus papeles.

Unamuno regresó a casa muy confuso y contrariado, como sumido en una densa y pegajosa niebla, pero, por otra parte, aliviado, pues ya no tenía que resolver sobre la conveniencia de seguir o no con el caso. Alguien había tomado la decisión por él de forma irrevocable.

Esa noche, mientras cenaban, Unamuno se lo contó a su mujer con tono pesaroso. Ella lo escuchó sin interrumpirlo, pero, tan pronto terminó, no pudo evitar decirle lo que opinaba de todo aquello y

lo feliz que estaba de que la cosa hubiera acabado, si es que en efecto era así, que no las tenía todas consigo.

—Yo solo quise ayudar a los vecinos de Boada, pues no me parecía justo lo que les estaba pasando y, además, me sentía responsable —razonó él.

—De acuerdo. Pero ¿quién te mandaba a ti meterte en camisas de once varas? Mira que te lo tengo dicho: zapatero a tus zapatos. Pero tú, erre que erre, dale que te pego, vuelta la burra al trigo...

—¿Tú te estás oyendo?! —exclamó don Miguel escandalizado—. Hablas como si fueras Sancho Panza, embutiendo refranes y frases hechas sin ton ni son en cada cosa que sueltas. Que uno de vez en cuando está muy bien y hasta se agradece, pero tantos, así de golpe, cansan.

—Y tú te comportas como si fueras un quijote de tres al cuarto, peor que don Quijote, pues él al menos estaba loco, pero tú eres una persona muy inteligente e instruida, nada menos que el rector de la Universidad de Salamanca. Y, sin embargo, no haces más que tonterías, que, de tan bueno que eres, acabas siendo cómplice del mal que quieres combatir o dejándote manejar por él, hasta el punto de que a veces pienso que, en algunos aspectos, pareces un orate —replicó doña Concha.

—Yo también tengo esa impresión, no te creas —confesó de pronto don Miguel. (p. 140)

—¿Quiere que le diga lo que opino yo? Que me da la impresión de que me está usted manipulando y utilizando.

—¿Y eso qué significa?

—Que sabe usted más de lo que reco-

noce y lo poco que me cuenta no resulta demasiado fiable —puso las cartas boca arriba Unamuno.

—No entiendo a qué viene eso, la verdad.

Teresa se puso en pie, algo molesta, aunque no daba la impresión de que pretendiera irse.

—El gobernador me ha comentado que es usted una conocida anarquista catalana con antecedentes penales por desórdenes públicos.

—Eso es cierto, sí, pero, con respecto a usted, mis intenciones siempre han sido buenas, se lo aseguro. Y lo que para el gobernador y la gente de orden puede ser un delito, para mí es una forma de lucha y de entrega. De modo que eso que usted llama «antecedentes penales» es, en realidad, mi hoja de servicios a la causa obrera y anarquista, por no hablar de que algunos son falsos o se han exagerado mucho. En cualquier caso, no me avergüenzo de ellos, sino todo lo contrario. En un país como este, solo los pobres y los revolucionarios van a la cárcel, mientras que los mayores ladrones y asesinos están en los grandes despachos —sentenció Teresa con tono firme, clavando en él sus ojos claros.

—¿Y por qué no me dijo quién era en realidad?

—Porque usted se habría asustado y cerrado en banda, como está haciendo precisamente ahora que acaba de enterarse de quién soy.

—Es posible, sí. Pero antes de seguir hablando deseo que me diga qué clase de anarquista es usted. ¿Es acaso miembro de la Federación de Sociedades de Resistencia de la Región de España?

—Yo pertenezco a un grupo que va por libre.

—O sea: una anarquista de verdad — precisó don Miguel.

—Eso espero.

Unamuno se recostó en su asiento y dejó escapar un suspiro.

—Que conste que no me parece mal. Yo de joven también lo fui, a mi manera, y todavía hoy tengo un fondo anarquista y no me importa considerarme como tal, si bien soy, por así decirlo, un anarquista conservador; de ahí que unos me llamen revolucionario y otros reaccionario, y loco o quijote los demás. En todo caso, soy un anarquista sin filiación, es decir, a mi aire; porque a mí eso de ser un anarquista con carné me parece inconcebible,

amén de dogmático y sectario, y para eso ya está la Iglesia católica. Esto explica que, cuando leo ataques contra los suyos, yo me sienta uno más, pero, al leer sus propias proclamas, me rebelo. Debe de ser mi radical individualismo —puntualizó don Miguel con tono tajante.

—Pues ya somos dos. Si queremos combatir al Estado, no podemos reproducir los errores y tachas del enemigo ni los mecanismos del sistema.

—Lo que no sabía es que hubiera mujeres anarquistas en España.

—Somos pocas, desde luego, pero muy aguerridas.

—Si todas son como usted, no me cabe duda. Y ahora cuénteme qué es lo que la ha traído hasta aquí. (p. 150)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Qué conocíais de Unamuno antes de la lectura del libro?
2. ¿Consideráis que es fiel a la imagen que teníais o ha resultado ser una mirada diferente sobre el escritor?
3. ¿Cuál es su faceta que más os ha interesado?
4. ¿Compartís alguna inquietud con él? (Ajedrez, lecturas, paseos, etc.)
5. ¿Qué destacaríais de la sociedad salmantina de la época?
6. ¿Qué es lo que más os gustó de la activista Teresa Maragall?
7. La cuestión del campo salmantino y la España vaciada sigue vigente todavía hoy. ¿Creéis que todo se debe a la política de la postguerra de Cuba y su necesidad de financiación? ¿Podría venir incluso de más lejos?
8. ¿Cómo han podido evolucionar las cosas en muchos aspectos y que algunas zonas de España sigan igual de abandonadas por el estado?
9. La migración ha sido un recurso principal de la España empobrecida durante décadas, ¿por qué creéis que hoy es un tema tan complejo a debatir?
10. ¿Creéis que la novela refleja el estado de ánimo abatido de la España después de la pérdida de las colonias o hay algún atisbo de esperanza?

11. ¿Se refleja de alguna manera el sentir de finales del siglo XIX con la pérdida de orientación y el sentimiento de fuerte cambio de época que vivimos hoy?
12. Unamuno está claramente dividido entre su aspiración espiritual, el amor a la familia y el amor hacia la misteriosa aventura que supone la presencia de Teresa en su vida. ¿Creéis que consigue solucionar de alguna manera el conflicto o que la herida permanece en su interior?
13. ¿Es tan difícil conciliar la parte racional con la emocional cuando se ama?
14. ¿Qué es lo que más os ha gustado de la novela?

EL AUTOR



© Carmen Borrego

LUIS GARCÍA JAMBRINA nació en Zamora en 1960. Es profesor titular de Literatura Española en la Universidad de Salamanca, doctor en Filología Hispánica con premio extraordinario por la Universidad de Salamanca y máster en Guion de Ficción para Televisión y Cine por la Universidad Pontificia de Salamanca. Desde 1999, es director de los Encuentros de Escritores y Críticos de las Letras Españolas en Verines (Asturias), fundados en 1985 por Víctor García de la Concha y organizados por la Universidad de Salamanca y el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España. Durante doce años,

ha sido crítico literario del suplemento *ABC Cultural*. Ha publicado numerosos artículos y varios libros y monografías sobre literatura y preparado antologías y ediciones de grandes poetas españoles, como Claudio Rodríguez, José Manuel Caballero Bonald, Pere Gimferrer, o *La promoción poética de los 50* (2000). Entre otros galardones de carácter académico, recibió el Premio Fray Luis de León de Ensayo en 1999, concedido por la Junta de Castilla y León.

Es autor de los libros de relatos *Oposiciones a la morgue y otros ajustes de cuentas* (1995) y *Muertos S. A.* (2005; revisado y

ampliado, 2021) y, como cuentista, aparece en numerosas antologías colectivas. Como novelista, se dio a conocer con *El manuscrito de piedra* (Alfaguara, 2008), galardonada en 2009 con el prestigioso Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza, de la que han aparecido ya más de cuarenta ediciones y varias traducciones. Aquella novela marcó el inicio de una exitosa serie sobre el pesquisidor Fernando de Rojas, de la que también forman parte *El manuscrito de nieve* (2010), *El manuscrito de fuego* (2018), *El manuscrito de aire* (2019), *El manuscrito de barro* (2021) y *El manuscrito de niebla* (2022). Asimismo, ha publicado *En tierra de lobos* (2013), *La sombra de otro* (2014), *Bienvenida, Frau Merkel* (2015), *La corte de los engaños* (2016) y *Así en la guerra como en la paz* (2023). Su trayectoria literaria y profesional ha esta-

do muy ligada a la figura de Unamuno. En el curso 87-88, participó como becario en el Proyecto de Inventario y Catalogación de los Documentos y Textos de Miguel de Unamuno conservados en la Casa Museo Unamuno, y ha sido asesor de la institución en diversas ocasiones. Es autor de numerosos artículos y capítulos de libro de carácter académico sobre la narrativa de Unamuno, de la introducción a la edición facsimilar de la novela *La tía Tula* (2021) y de un relato sobre los últimos días de Unamuno «El último café», recogido en el libro *Muertos S. A.* (2005 y 2021). Actualmente es director de la revista *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, fundada en 1948 y publicada por Ediciones de la Universidad de Salamanca. Junto al cineasta Manuel Menchón, escribió el exitoso ensayo *La doble muerte de Unamuno* (2021).

AUTOENTREVISTA SOBRE LA NOVELA

¿Por qué una novela negra con Unamuno de protagonista?

Unamuno siempre me ha parecido un personaje fascinante. Yo ya había escrito un relato breve sobre las últimas horas de su vida titulado «El último café», que aparece recogido en diversos libros y que ha sido traducido a varias lenguas. Y también un ensayo, en colaboración con Manuel Menchón, *La doble muerte de Unamuno*, donde investigamos, de forma casi detectivesca, su muerte y las oscuras circunstancias que la rodearon. Este tuvo mucha repercusión y suscitó algunos debates. La hipótesis era que Unamuno había sido víctima de un asesinato. En la novela, lo que hago de alguna forma es darle la vuelta al planteamiento y hacer que sea Unamuno el que, por diversas razones, se vea obligado a investigar una serie de crímenes en la Salamanca de 1905.

Entonces ¿decidió convertirlo en un detective?

En un detective muy peculiar, concretamente en lo que yo llamo un «detective andante». Es alguien que de manera inesperada tiene que lanzarse a la aventura de investigar unos crímenes, de deshacer entuertos, en definitiva, como hacía don Quijote, que es el personaje literario con el que Unamuno más se identifica y al que más admira. Se trata de un cruce entre detective y caballero andante. Hay que tener en cuenta que el comportamiento de Unamuno siempre fue muy quijotesco, sobre todo en sus luchas contra el poder y en favor de los explotados y oprimidos. Y, como buen caballero andante, tendrá su enamorada, que en este caso tiene algo de mujer fatal: una joven anarquista catalana llamada Teresa Maragall, un personaje muy ambiguo, con el que nunca se sabe por dónde puede salir. Al final, ella le dará a don Miguel una importante lección de vida.

Y tampoco falta el ayudante, como en toda novela detectivesca que se precie.

En efecto, se trata de un joven abogado, Manuel Rivera, fiel cumplidor de la ley y defensor de causas perdidas o, al menos, difíciles. Es una especie de contrapunto del protagonista. Este personaje equilibra un poco el de Unamuno, con el fin de que no se desmande demasiado. Es algo así como Sherlock Holmes y el doctor Watson, pero también como don Quijote y Sancho; de modo que se irán contagiando el uno del otro y acabarán forjando una gran amistad.

¿Ha sido difícil convertir a Unamuno en personaje literario?

Por mi trayectoria académica y personal estoy muy familiarizado con la figura del escritor. No soy en absoluto un especialista en su obra, ni desde luego pretendo serlo, pero conozco bien algunos aspectos de su vida. Lo importante es que para mí Unamuno es un referente político, ético, literario y vital. Esto no quiere decir que esté de acuerdo con todo lo que hizo y dijo o escribió, pero sí empatizo mucho con él. He observado que hay muchos estudiosos de su obra que, en realidad, no entienden a don Miguel, incluso parece que les desagrada y, por lo general, son incapaces de empatizar con él. Tienen una visión muy limitada y sesgada de su figura y encima se creen que están en posesión de la verdad. Pretenden ser los guardianes de sus supuestas esencias. Mi postura es justamente la contraria. Para mí Unamuno es múltiple y poliédrico, incatalogable e imprevisible, y en eso reside buena parte de su gracia e interés. En mi novela, yo muestro al gran escritor, rector e intelectual, pero también al marido, al padre de familia, al profesor, al enamorado a su pesar, al caminante infatigable, al investigador en pos de la verdad, al rastreador de enigmas... En definitiva, un personaje muy complejo y lleno de paradojas.

¿Y qué puede decirnos de la trama?

Sin duda esta es mi novela más negra y detectivesca, y está llena de misterios y puntos de giro. Como contaba con un personaje muy poderoso, quise trabajar mucho la intriga y el desarrollo de la investigación con sus diferentes sospechosos e hipótesis. El punto de partida es completamente real. Se trata de algo que ocurrió en un pequeño pueblo de Salamanca hace algo más de un siglo y que está relacionado con un asunto que empezó entonces y que ahora nos preocupa mucho: el problema de la España vaciada —o «desahuciada», como la llamo yo—, con el trasfondo de la cuestión agraria, la concentración de la propiedad en pocas manos y la emigración. Además de la trama principal, que es la detectivesca, la novela tiene dos subtramas —una de amistad y otra de amor— entrelazadas. También es una novela de aprendizaje.

La joven anarquista se llama Teresa, y ese es el título de un libro muy poco leído y conocido de Unamuno que se menciona en la novela.

En efecto, Teresa es uno de los libros más originales e innovadores de Unamuno, un libro todavía mal comprendido y peor clasificado. Suele editarse entre sus libros de poesía, pero en realidad es una novela muy rompedora. En mi relato, yo imagino que la inspiradora de esa obra fue esa activista anarquista, una mujer valiente, seductora, inteligente y con mucho carácter de la que Unamuno queda fascinado, y fabulo sobre el origen de ese libro y su proceso de creación. Este juego literario me ha servido para mostrar a don Miguel inmerso en su gabinete de escritura mientras los peligros y las tentaciones lo acechan por todos lados.

